

NIXON, EL GRAN DIVISOR<sup>1</sup>

Los dos candidatos de la campaña presidencial de 2008 han proclamado ya su entusiasmo por trascender las divisiones partidistas y alcanzar el consenso; así, Obama pronuncia difusos sermones sobre la unidad nacional, en tanto que McCain se presenta, para venderse a los votantes «independientes», como un político de ideas propias. Los interminables *mantras* del «cambio» y la «esperanza» presuponen que en Estados Unidos reina, como nunca antes, un clima de amarga división. Lo cierto es que la inmensa mayoría de los estadounidenses están unidos, tanto en su rechazo hacia George Bush como por la sensación de que su país ha sido secuestrado por *neo-cons* y multimillonarios. Por superficial que parezca, tan manido lugar común electoral se cimienta sobre el arraigado mito de la existencia de una época dorada y pérdida de la política estadounidense en la que se había logrado poner cerco a los apocalípticos jinetes de la división y las facciones.

En la primera página de su tediosamente extenso libro, Rick Perlstein expone el objetivo del mismo, esto es, explicar de qué modo «las líneas de conflicto que definen nuestra cultura y nuestra política» se establecieron entre el amplísimo triunfo electoral de Lyndon Johnson de 1964 y la apurada victoria de Richard Nixon en 1972. A lo largo de sus más de ochocientas páginas, ofrece una premiosa crónica de los ocho años supuestamente responsables de la actual polarización roja y azul; transformación de la que Nixon sería a la vez emblema y principal culpable. «Lo que Richard Nixon nos dejó fueron los términos mismos de nuestra propia imagen nacional: la idea de que existen dos tipos de estadounidenses». De un lado, pues, la «mayoría silenciosa: la coalición de clase media, del Medio oeste, suburbana, ex urbana y rural», que a la postre Perlstein denomina republicana. Del otro, los «liberales», los «cosmopolitas», los «intelectuales», los «profesionales», es decir, los «demócratas».

En Estados Unidos, es hoy frecuente que Perlstein sea citado por los comentaristas políticos de nivel medio, entre los que pasa por tener toma-

---

<sup>1</sup> Rick Perlstein, *Nixoland, The Rise of a President and the Fracturing of America*, Nueva York, Scribner, 2008, 881 pp.

do el pulso a la historia. Él se autodefine como un demócrata liberal de izquierdas, a pesar de lo inútiles que pueden resultar estos términos como señalizadores políticos en un sistema articulado en torno a debates radiofónicos de micrófono abierto que clasifica a Teddy Kennedy como espartaquista. También realizó un largo y fatigoso ensayo para la *Boston Review*, publicado en el verano de 2004, sobre lo que debían hacer los demócratas, que se resumía en un vago llamamiento al retorno de algún tipo de programa rooseveltiano. *Nixonland* recoge, pues, la base histórica de estas simpatías y, de manera bastante adecuada, toma su título de las palabras que pronunciara Adlai Stevenson en el curso de la campaña presidencial de 1956:

Nuestra nación se encuentra en una encrucijada en el camino de la política. En una dirección se extiende un país de calumnias y miedos; el país de la insinuación taimada, de la pluma envenenada, de la llamada anónima, del trapicheo, del empujón y del codazo [...] Eso se llama Nixonlandia. América es otra cosa.

De acuerdo con la tesis de Perlstein, Nixon fue ese gran arquitecto de la política de posguerra estadounidense capaz de remodelar completamente todo el paisaje, aunque Ronald Reagan no se quedara muy atrás en su efecto divisivo. Perlstein nos invita a escrutar esta era a través de dos lentes distintas, a la manera de las gafas que llevaba Reagan a los mítines políticos: unas para mirar al público y otras para fijarse en el discurso del atril. Al abordar detenidamente la figura de Nixon, Perlstein puede resultar relativamente lúcido, en especial en lo tocante a los años formativos de aquel californiano estafalario y confundido. Fue en el colegio cuáquero de Whittier donde Nixon hizo su principal descubrimiento a principios de la década de 1930: Whittier contaba con su propia elite, «un círculo de tipos estupendos que se hacían llamar los Franklins [...], bien formados, garbosos, de movimientos ágiles y de verbo sofisticado. El nuevo club fundado por Nixon, los Ortogonianos, era para los luchadores, aquellos a los que el éxito no les venía de casta, los alumnos que, como él, venían de ciudades dormitorio». Nixon dedujo con acierto que por cada elegante Franklin había una docena de Ortogonianos. Ahí estaba su mayoría silenciosa, y fue jugando la carta ortogoniana como acabó granjeándose un nombre dentro de la política (en el ejemplo más celebre, contra el pudiente oficial del Departamento de Estado Alger Hiss, a quien el recién elegido congresista de California acusó de ser un espía comunista y después hizo encarcelar por perjurio). Perlstein también evoca hábilmente aquel radar político de Nixon gracias a cuya aguda sensibilidad supo detectar los miedos y el resentimiento de cuantos se sentían amenazados, utilizados y atropellados en una época turbulenta.

Sin embargo, cuando se trata de adoptar una óptica histórica más amplia, Perlstein raya con el glaucoma. Su narración recorre lentamente la década de 1960 y de 1970 brindándonos estampas que de manera soporífera recuerdan a las decenas de crónicas contemporáneas citadas en sus pági-

nas y páginas de notas. El resultado es prolijo, flojo y mediocre. El estilo resulta indescriptible. La siguiente muestra procede de su relato de la respuesta de Nixon a una columna periodística en la que Roscoe Drummond le sugería la necesidad de rebajar las tensiones en Vietnam para evitar que «la opinión pública lo arrolle como hizo con Lyndon B. Johnson»:

Ante esto, Nixon bramó contra las hojas de su resumen de prensa: «¡Decidle que a Richard Nixon le afectan menos las críticas y la opinión de la prensa que a ningún otro presidente de la historia reciente!». Porque era el presidente de la historia reciente al que *más* afectaban las críticas y la opinión de la prensa. Algo que de llegar a saberse le haría parecer débil. Y cualquier farol de recrudecer el conflicto se tornaría imposible. Esto minaría su credibilidad respecto a sus facultades para rebajar las tensiones; lo que destruiría su credibilidad a la hora de intensificarlas; lo cual anularía su capacidad para replegarse; y, con lo cual, no podría «ganar» en Vietnam, que era algo que, en el fondo, no creía siquiera que fuera posible. A través del espejo con Richard Nixon: esto era mejor que el LSD.

Tampoco resulta mucho mejor el manejo de Perlstein de los datos. Acerca del concierto de los Rolling Stones celebrado en Altamont en 1969, fuera de la ciudad de San Francisco, escribe que «Los Ángeles del Infierno mataron a unos hippies a golpes de tacos de billar». En Altamont no murió ningún hippie de esta manera. Uno de los Ángeles del Infierno, Alan Passaro, mató efectivamente, pero a puñaladas, a Meredith Hunter, un hombre negro que había desenfundado un revólver. Passaro sería posteriormente absuelto basándose en su alegato de legítima defensa. Perlstein también afirma que George Bush padre, en su fallida campaña al Congreso por Texas, dijo sobre su rival demócrata Lloyd Bentsen que, si éste quería presentar una candidatura más a la derecha que la suya, tendría que caerse del planeta. En realidad, la cita es del propio Bentsen, lo que constituye una anécdota política mucho más aguda. Las palabras más vívidas de *Nixonland* provienen de Spiro Agnew, vicepresidente de Nixon y el hombre al que atribuyó la tarea de espolear las iras de la mayoría silenciosa hasta alcanzar su máxima expresión. Para ello se valió de frases pergeñadas en gran medida para él por los autores de los discursos de Nixon, Pat Buchanan y William Safire, que le apuntaron píldoras heroico-cómicas tales como: «Los izquierdistas cavernarios que dominan el Congreso [...] se matan a trabajar por una presunta falta de componentes alimenticios de una caja de cereales infantiles».

Perlstein se reserva sus propios dardos envenenados para los radicales, a quienes retrata como los malvados inspiradores que posibilitaron la creación de *Nixonland*. El libro da muestras de un consistente desagrado hacia los izquierdistas, a quienes, o bien retrata como réprobos provocadores de la reacción de la derecha, o bien menciona de una rápida pasada cuando no omite directamente. Tan sólo el firme propósito de arrojarlos por la letrina del olvido histórico podría explicar la omisión tan mayúscula como sorprendente a la luz de su amplia bibliografía de Andrew Kop-

kind, el mejor periodista con diferencia que dio la izquierda estadounidense durante las décadas de 1960 y 1970, y autor de brillantes ensayos precisamente sobre los mismos temas estudiados por Perlstein. Claro que Kopkind era un verdadero radical, al contrario que Perlstein y que los autores que él cita como sus héroes. Por ejemplo, Paul Cowan, colaborador y compañero mío en *The Village Voice* durante la década de 1970, se alejó del radicalismo tan rápido como otros periodistas del *Voice* de aquella época, entre ellos Clark Whelton, que acabaría escribiendo los discursos del alcalde Ed Koch. Cowan fue concentrándose progresivamente en sus raíces judías, pero al mismo tiempo que desarrollaba una honda preocupación por los motines de los gentiles, objeto de muchos de sus artículos. Estos constituían el espejo de las explícitas diatribas contra el «elitismo radical» de escritores como James Fallows, que dio los primeros pasos de su carrera escribiendo crónicas positivas sobre quienes no esquivaban la llamada a filas para gallineros neoliberales tales como *The Washington Monthly* y *The Atlantic Monthly*. Todos estos escritores tenían en común la hostilidad hacia cualquier posicionamiento político que simpatizara y apoyara activamente a los opositores del imperio americano tanto en el Segundo como en el Tercer Mundo.

Colaborador habitual de *The New Republic* y de la revista electrónica *Salon*, Perlstein no es precisamente un ejemplar inclasificable de los estantes ideológicos. Su trabajo nunca delata el más leve atisbo de heterodoxia. Sus diferencias respecto a la derecha se expresan siempre con tacto y sus juicios se exponen con toda cortesía. Al igual que el editor de *The Nation*, Perlstein escribió cálidamente sobre el fallecido William Buckley Jr. a la muerte de dicho insigne porcino. Por otro lado, su hostilidad hacia la izquierda radical o socialista se extiende más allá de las páginas de *Nixonland*. En una reciente entrevista concedida a la revista libertaria *Reason*, se refería al «inmaduro y destructivo Abbie Hoffman». El tono se suaviza instantáneamente cuando Perlstein pasa a hablar de George Wallace: «había un auténtico populismo económico en mucho de lo que decía Wallace». Sin embargo, en otras ocasiones resulta tan difícil aferrar una idea clara de la verdadera postura de Perlstein como intentar salir del mar agarrándose a una roca pulida y cubierta de algas. Su volumen anterior, *Before the Storm. Barry Goldwater and the Unmaking of the American Consensus* (2001), al igual que el actual, se basa en la proyección retrospectiva de cierto pasado mítico en que la nación se encontraba unida. Pero, a día de hoy, es capaz de escribir en su entrevista para *Reason*:

Los guardianes del discurso de elite emplean una especie de energía cultural para defender que todos los estadounidenses están fundamentalmente de acuerdo los unos con los otros y que en esto reside la fortaleza de la nación [...] cuando la gente describe el asesinato de Kennedy como una erupción de violencia sin precedentes en la cultura estadounidense; cuando se dice que Barry Goldwater perdió por «atreverse a cuestionar el consenso estadounidense»; cuando las lumbreras liberales son incapaces de ver la reacción incipiente contra el liberalismo, aunque las pruebas les estallen en la cara. En mi opi-

nión, asistimos a un rechazo americano hacia el conflicto, que todavía está por estudiar y por examinar.

¿Acaso es ésta la verdadera postura de Perlstein? Si es así, deberían haberle aconsejado que entrecomillara la última palabra del título de su libro sobre Goldwater. Pero tal vez sus editores le hayan dicho que para vender libros hay que condescender con el mito de la imaginaria Edad de Oro de la armonía social. De esta manera, puede además cruzarse de brazos respecto al presente. Las últimas frases de *Nixonland* tienen un timbre adecuadamente apocalíptico. «¿Acaso los estadounidenses no se odian lo suficiente los unos a los otros como para fantasear con matarse a sangre fría por sus diferencias políticas y culturales? Sería difícil defender que no. ¿Cómo acabó Nixonlandia? Aún no ha acabado».

¿Qué conclusión hemos de sacar de todo esto? Por supuesto, que el paisaje estadounidense está atravesado por hondas fisuras de raza y de clase. Los políticos ya eran conscientes de ellas desde mucho antes de que Nixon hubiera nacido siquiera. Hillary Clinton manipuló el mismo electorado y los mismos miedos que Wallace allá por la década de 1960. La mayor baza de McCain pasa por el color de la piel de Obama. Pero los contornos también han cambiado. Actualmente, los rudos obreros de los sindicatos de la industria que a finales de la década de 1960 pegaban a los hippies antibelicistas llevan pendientes y pelo largo, consumen hierba y metanfetaminas, beben *cappuccinos* y compran Chardonnay además de Budweiser. Sus sindicatos pierden fuerza año tras año. La América obrera está cada vez más sumergida. Las mayores manifestaciones del año pasado no fueron contra la guerra de Iraq, a la que se opone una inmensa mayoría de estadounidenses, sino las organizadas por los inmigrantes. Nixonlandia es hoy en día una propuesta dudosa. Muchos de sus antiguos habitantes se enfrentan a ejecuciones hipotecarias y andan en busca de nuevos domicilios.

Tales consideraciones de economía política le son completamente ajenas a Perlstein. La misión política de *Nixonland* es obviamente la de allanar el terreno a un candidato de consenso liberal y de reconciliación, que felizmente ya se ha materializado en Barack Obama. No es necesario decir que, si el senador de Illinois realmente propusiera alterar la distribución de los ingresos y de la riqueza en Estados Unidos, tal actuación sería tachada de agitación «divisiva» y desencadenaría el despliegue de la artillería pesada. Pero el consenso –por supuesto, mal entendido– ha superado ya el fuego de las políticas divisivas. A finales de septiembre, después de que una avalancha de llamadas telefónicas al Congreso denunciara el plan de rescate bancario por valor de 700 millardos de dólares del secretario del Tesoro Paulson en una proporción de 99 a 1, los republicanos de la Cámara de Representantes junto con 95 demócratas amotinados rechazaron el plan, comprometiendo los mandatos de los candidatos republicano y demócrata. Tanto McCain como Obama, este último flanqueado por un férreo grupo de asesores de Wall Street y de contribuyentes a

su campaña, apoyaron el golpe de los banqueros consumado en el Congreso el 4 de octubre. En una invocación al bipartidismo, Obama declaró que tendrían que retrasarse los programas de gasto social previstos y desechó enfáticamente cualquier sugerencia de utilizar ese momento de máxima capacidad negociadora ante la votación del Senado para insistir en la necesidad de una reforma reguladora, o en promover ayudas para los asfixiados propietarios de viviendas antes que para los bancos.

Los progresistas, siempre bajo la alerta de una eventual irrupción de las tropas de asalto contra el pueblo llamo, han utilizado a la gobernadora Sarah Palin en tanto que nueva soberana de Nixonlandia para distraerse de la desagradable realidad de que fueron los demócratas y su voto los que posibilitaron aquel rescate. El Tesoro estadounidense supervisará ahora una oleada de ejecuciones hipotecarias y desalojos entre los paisajes que alimentaron al joven Nixon. Se abren grandes oportunidades para el populismo de derechas. Quizá renazca de los bosques la Boudica que haga de réplica estadounidense del francés Poujade.